

CAPÍTULO 13. ¿LOCO O MALVADO?.



Tan pronto como la señora Willen se recuperó de su desmayo, se puso a idear, sin tardanza, la manera de volver a encerrar al hermano escapado. El arrepentido vicario fue encargado de obtener informaciones de las autoridades de los pueblitos vecinos. Albina recibió del alto mando la responsabilidad sobre casa y comida, con la terminante orden de no permitir, usando de todo arte y maña, que el doctor Vorbeuger hiciera su visita al enfermo. Ágata, por su parte, se fue a todo correr a la estación y se metió en el primer tren que la llevara a la ciudad de Lachmann. Ella tenía la urgencia de saber si su hermano era de peligro público o no. Si acaso tenía escarlatina, ella quería pasarle la responsabilidad al verdugo de planta, el doctor Vorbeuger.

El alegre primo estaba sentado frente a su mesa del desayuno y a punto de morder a su gusto una pierna de ganso, cuando entró su prima. Ella había aventado, sin más, al servicial tipo que quería anunciarla; seria y erguida, ahora, estaba de pie en la puerta. Lachmann dio un salto y con el brazo derecho, armado con el cuchillo abrazó a su vieja amiga, arrastrándola luego con un claro grito de júbilo hacia el salón; entretanto, blandía la mano izquierda con la pierna de ganso como un dios de la guerra con su espada contra el cielo.

Ágata lo rechazó con un fuerte movimiento de su brazo. -Déjate de tonterías, Ernesto -dijo con tono imperioso-. Creía que estabas lo suficientemente viejo como para ser razonable.

El primo dio un rápido paso hacia atrás. -Razonable, eso nunca lo voy a ser. Pero aprendí una enseñanza tuya. Comer es mejor que amar. Así que ven, hay bastante para nosotros dos. Luego me contarás qué te trajo hasta acá -se sentó y sirvió un plato.

Sin responder una palabra, Ágata se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Cuando puso la mano en el picaporte, su fuerza se derrumbó. Con el rostro contra la pared, se quedó allí inmóvil y esperando.

Durante largo rato Lachmann también se quedó inmóvil. Pero luego tiró a un lado el tenedor y gritó: -O come uno o ama. ¡Sólo se puede hacer una de las dos cosas! -se levantó y le besó la mano a su vieja amiga-. Tú sabes que yo no estoy contento sino hasta que tengo que pedirte perdón por algo -la llevó a la mesa, le tomó la mano y dijo:- ¡Cuéntame! Yo te ayudaré.

Ágata se puso a informarle. Después de las primeras palabras se sintió mucho mejor y no sabía si era debido a su confesión o si era a consecuencia de la mano del doctor, que sostenía la suya, pero de cualquier manera se calmó.

Lachmann la escuchó en silencio, sólo de vez en cuando se dibujaba en su boca una sonrisa de burla. Y cuando ella le contó sobre su miedo a la escarlatina y al doctor Vorbeuger, él ya no pudo más y estalló en carcajadas.

Ágata se disgustó y retiró su mano de la del primo. -Te ríes de todo lo que me da miedo. Pero con eso no me ayudas.

-Discúlpame, prima, no puedo hacer nada contra mi sentido del humor. Ese Vorbeuger, lo conozco desde la época de la universidad, sí que se merece su nombre. Es el miedo personificado, y cuando oigo hablar de él, no puedo menos que reírme. Y ahora este fino diagnóstico de la escarlatina.

Ágata veía a su primo llena de dudas, éste en cambio se dedicaba de nuevo a su desayuno. -¿No crees en eso?

Lachmann negó con la cabeza. -No, tu hermano tiene tanta escarlatina como tú o yo. En principio, la tuvo

hace mucho tiempo. De todos modos, es posible un segundo contagio, pero ¿aquí?, no.

-¿Cómo puedes afirmarlo con tal seguridad?

-Porque Augusto padeció su escarlatina, mientras estuvo aquí, tres veces seguidas. Yo intenté animarlo, y puedo decirte que se dedicó a beber como hombre. Por las noches, regularmente, se le pasaba la mano y por las mañanas tenía la pena negra. El segundo día me compadecí de él y le di antipirina. Dos horas después, se había puesto rojo como un cangrejo hervido. Tal cosa sucede, de vez en cuando, con personas de sistema vascular muy sensible, y, por ello, en adelante no me asombré más. Pero a tu hermano, que se estaba portando todos los días como niño retozón, al que dejan salir a la libertad después de una terrible disciplina, esa piel toda salpicada de rojo le hacía mucha gracia. Una vez afirmó que ése era un magnífico medio para ver el éxito con los ojos. Ya que, mediante aquel polvo, el vino tinto sería visiblemente extraído de la piel, junto con los dolores de cabeza y el malestar. Y otra vez... ¿oye, tu hermano es malvado?, ¿trae algo contra ti?

-¿Augusto? No, de seguro que no. Vivimos en la mejor armonía. ¿Por qué lo preguntas?

-Bueno, pues juzga por ti misma. La segunda vez que brotó la erupción después de la antipirina, vino hacia mí y me dijo: “¿No piensas que éste es un delicado método de hacer rabiar a Ágata? Sí, cuando me esté mangoneando, me tomo esta cosa y le hago creer que tengo escarlatina”.

Ágata se sobresaltó; “¡Lachmann!”

-Literalmente es verdad.

-Pero, entonces, no está loco, entonces es... ¡ay, eso es maldad, eso es vileza! -Ella puso los brazos sobre la mesa y ocultó allí el rostro.

El primo se puso molesto. Ver llorar a su antiguo tesoro le llegaba al corazón. Con ambas manos intentaba alzar el rostro de la señora. -¡Por amor de Dios, no llores! -dijo.

Ágata sacudía la cabeza, que aún tenía escondida entre los brazos. -Si no lloro. Me alegro tanto, me alegro grandemente -de repente levantó el rostro y lo apoyó en una de sus manos-. Si esto sólo es una travesura de genio de mi hermano, con el fin de hacerme enojar... de veras, no sé qué daría porque así fuera. Imposible no es. Durante todo este tiempo he vivido en guerra con él. Las guerreras rojas nos dividieron y no puedo negar que le solté algunos sermones. Y lo creo muy capaz de tan indigna venganza.

Lachmann meneó la cabeza, en señal de duda, de un lado para otro. -Para eso ya no es tan hombre. Antes sí, pero tú lo has doblegado terriblemente. No se atreve a eso.

De inmediato estalló la cólera de Ágata. -¿No se atreve a eso? ¿Por qué no, si es que puedo preguntarte? Porque tú no lo crees capaz. Como si tú lo hubieras juzgado alguna vez correctamente. Siempre has andado criticándolo, tú siempre lo has menospreciado.

-Pero, mi buena Ágata, sabes tan bien como yo que Augusto es un cordero de pureza, desde que tú pusiste sobre él tu mano protectora.

-¿Sí? ¿Qué, debería haberlo dejado tal como tú me lo entregaste en aquel momento, cuando nos cambiamos para vivir juntos? Dios mío, sí, me acuerdo del primer año, cómo estaba. Salía todas las noches, nunca regresaba antes de la una o las dos de la madrugada, siempre y en todos lados con la boca por delante y con nada más que política y cháchara periodística en la cabeza. No, no. Eso estará muy bien para ti. Pero para Augusto era una lástima, hice bien en quitarle las costumbres disipadas.

-Y finalmente el éxito de tu educación es que lo volviste loco.

-¿Qué dices?, él no está loco.

-Ya lo veremos, ya lo veremos -Lachmann se acaloró también como su prima. Se levantó de golpe y se puso a dar vueltas por el cuarto-. Y ¿ya que lo hayas atrapado, vas a seguir poniéndolo en el camino del bien de la misma forma?

Ágata lo miró atónita. -Pero por supuesto que lo haré. ¿Crees que aguanto a gente atolondrada en mi compañía? Eso deberías saberlo.

Lachmann se quedó parado frente a ella y le echó una mirada maligna. -Lo sé muy bien, no necesitas recordármelo.

La mirada de Ágata se tornó insegura. Se dio la vuelta y luego se sirvió un vaso de vino. -Ahora todo está muy claro. Simplemente es una broma del muchacho -riendo levantó el vaso-. Ven, Ernesto. Queremos estar en paz uno con el otro, ya estamos lo suficientemente viejos para pelear todo el tiempo.

Lachmann brindó con ella. -Tienes razón -se sentó y arremetió contra el ganso por tercera vez.

-Ahora ya puedes ofrecerme algo -opinó Ágata, mientras le tendía el plato.

Al irle sirviendo comenzó él a decir de nuevo: -Todo está bien y bonito y me da mucho gusto que tengas apetito. Pero con todo y todo no sabes aún dónde anda metido tu hermano.

Ágata no se dejó perturbar. -Ya se reportará, vas a verlo, él vendrá para acá. Ah, qué bueno que me vine de inmediato. No te imaginas cuánto me has consolado.

-Mira, Ágata, tu hermano no está bien del todo, seguro que no. Aquí hizo tontería tras tontería.

-Todo lo ves negro tú, Ernesto. ¿Por qué no habría de cometer tonterías, si pudo escaparse una vez de la disciplina? ¿No haces tú algo parecido?

-Muy rara vez. Yo en tu lugar no me sentiría tan confiado.

Ágata apoyó ambos codos sobre la mesa. -Ahora, escucha. Conozco a mi hermano, únicamente volvió a contagiarse de tus malos principios y sufre una recaída en su vida desordenada. Si ese es el caso, entonces te apuesto diez contra uno que hoy va a entrar por esta puerta, para ir de juerga contigo. Y si alguien tiene la claridad para escoger al mejor bebedor para irse de cantinas, entonces no está nada loco.

-¿Y si no viene?

-Vendrá, ten confianza. ¿Quieres que apostemos?

-Bueno, si yo gano me pagas una cesta de champaña y te la tomas conmigo.

-De acuerdo, y yo obtengo mis...

-No, tus cartas no. Pero yo te daré cien marcos para tus obras de caridad.

Ágata ganó la apuesta. Cuando regresaron los dos de un paseo, encontraron un telegrama del vicario, donde decía que Augusto Müller estaba en camino a casa de Lachmann. En silencio el primo pagó su apuesta. Por la noche, sentados en toda paz lo esperaron. Ágata había prometido confiar dócilmente en la dirección de Lachmann y guiarse por él.

Al entrar, cuando Tomás vio a su hermana frunció el ceño un poco, pero luego la saludó amistosamente. Qué bueno que tú también viniste, querida hermana. Así que vamos a pasar un rato divertido juntos. ¿No es cierto, viejo Lachmann? Oye, pero antes que nada, dame algo de comer, me muero de hambre.

Mientras le servían, estuvo hablando de esto y de aquello, preguntó por Albina y la casa, por el trabajo de Lachmann, por las novedades del día. Ágata, que lo observaba furtivamente, movía con asombro constantemente la cabeza y veía a Lachmann. Su hermano estaba otra vez como antes, alegre y amable como si no hubiera ocurrido nada. Ella suspiraba. Pero con muchas ganas le gustaría saber qué había pasado en el alma de ese hombre durante los últimos días. Si Lachmann no se lo hubiera prohibido tan estrictamente, ella ya le habría lanzado a su hermano la pregunta sobre sus últimas vivencias.

Durante la comida, de buenas a primeras, el recién llegado preguntó: -¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí, Ágata?

Ágata echó una mirada inquisitiva a Lachmann, que levantaba amenazadoramente su dedo. -Oh, no hay ninguna prisa -dijo luego-, Albina se encarga de todo. Podemos quedarnos, sin ninguna preocupación, unos días por aquí con el primo y, luego, nos regresamos juntos.

El hermano agachó la cabeza y no contestó nada. Pero al rato comenzó a charlar de nuevo. Se informó sobre el teatro y los conciertos, sobre el circo, y cuando Lachmann sugirió ir juntos al teatro, lo aceptó con gran placer. Sólo que antes quería pasar por el hotel para cambiarse de ropa.

-Así que hasta alojamiento tienes ya -dijo Lachmann-. ¿Dónde paras?

-En "El León", como siempre. ¡Adiós!

-Espera, espera, me voy contigo -gritó Ágata-. Ojala todavía haya un cuarto para mí.

El hermano ya estaba en el pasillo. -Según tengo entendido, tienen casa llena.

-¿Qué dices? -vociferó Ágata, parándose frente al espejo para atar los lazos de su sombrero con mucho cuidado; estaba especialmente orgullosa de sus lazos-. Para mí habría sin duda un lugarcito. ¡Augusto, espérame, pues, Augusto! -le gritó al que salía a toda prisa de allí, y tuvo así que decidirse a dejar inconclusa su obra maestra, si no quería perder, otra vez, al recién atrapado.

-Nos vemos frente al teatro -gritó Lachmann, quien desde el descanso de la escalera los iba alumbrando para que descendieran.

-¿Podrías conseguir un palco? -se oyó una voz que venía de abajo.

-¿Un palco? -se entrometió Ágata-. ¿Por qué, Augusto? Es muy caro.

Lachmann le arrebató la palabra. -Sí, sí, por supuesto. Así es más cómodo. Yo me encargo de todo, primo.

Ágata se enfureció con la irónica mirada que le echaba el fraternal derrochador, al verla subir al coche; sin embargo, ella no dijo nada y se puso a aguantar en silencio hasta la abierta impertinencia que demostró él en el hotel. De hecho, hizo que le mostraran el plano del edificio y, con el pretexto de que su hermana no podía vivir en una planta alto por miedo al peligro de fuego, le escogió el cuarto más caro del hotel. Quiso la casualidad que estuviera exactamente bajo su propio alojamiento.

-¿Así está bien para ti? -se dirigió con amabilidad a la pequeña mujer, y ésta muy valiente se tragó su no, de ninguna manera; pues vio, de repente, cómo se transformaba el rostro de su hermano y aparecía la terrible y estúpida mirada de ternero, de la que una vez ya se había asustado tanto.

-Pues conduzca a la dama al número diez -dijo Tomás y chiflando se alejó de allí.

Por lo demás, la velada pasó con toda tranquilidad. Los tres disfrutaron con gran alegría la obra de teatro y, luego, cenaron con delectación en “El León”. Para el día siguiente se pusieron de acuerdo en desayunar en casa de Lachmann. Después, ambos caballeros querían ir a tomarse una cerveza tempranera, pues esperaban encontrarse con algunos amigos.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck